

hasta que, revisando sus escritos, encontré el libro titulado “Salud Mental y Realidad Nacional” que él publicó en 1988 y en el que describe los cinco primeros años del Instituto Nacional de Salud Mental. En las primeras páginas, recoge una nota de un autor peruano, Antonio Gálvez Ronceros, incluida en una obra que se llama “Historias para reunir a las personas”; se trata de un grupo de cuentos, del que toma un texto: “Hay un país en el cual el gobernante es informado que existe un ciudadano que tiene una conducta extraña; todos los días en las afueras de la ciudad, donde existen los muladares, arma un fogón con ladrillos, pone una olla, la atiende con mucha solicitud y luego se sirve la comida en un plato y se alimenta con tranquilidad; lo extraño de todo esto es que ni en la olla, ni en el plato hay comida. El gobernante quiere verlo de manera personal y se acerca a observar a esta persona. Efectivamente, comprueba lo que le han dicho, se acerca y le dice: “Señor, yo soy el gobernante de este país”. El señor no le contesta pero inmediatamente se acerca a la olla, saca un poco aparentemente de comida, la vierte en un plato y se la ofrece. El gobernante dice: ¡Esto es una locura! Y se va, pero se va tan apurado que no escucha que este hombre comenta en voz baja: “No es locura, señor, es pobreza”. El hecho de que Javier haya escogido esta cita refleja su sensibilidad, no solamente por la variable pobreza, sino por lo que representaba el Perú en ese entonces y que implicaba, a su turno, uno de los ideales del Instituto Nacional de Salud Mental: ofrecer sus servicios de la mejor calidad, hacer investigación de gran profundidad, entregarse a la docencia con vocación de auténtico maestro y apoyar a las comunidades más pobres.

Comprendí entonces, lamentando no haberlo hecho tiempo atrás, la sensibilidad alturada e intensa de Javier hacia lo que significaba para él, nuestro Perú de siempre.

AA DR. MAX HERNÁNDEZ CAMARERO

Cuando ingresé a la Facultad de Medicina, Javier Mariátegui era una leyenda entre los estudiantes. Era el mismo año en que él se graduaba con una tesis sobre la dietilamida del ácido lisérgico, sustancia que alcanzaría años más tarde un halo mítico puesto que, al margen de sus posibilidades experimentales con respecto a la comprensión de las psicosis, terminaría precipitando el movimiento que tuvo a California como epicentro, y como gurú a Timothy Leary. Javier Mariátegui había ganado la “Contenta”, nombre con que se conocía a la beca que otorgaba la Facultad de Medicina a quienes obtenían el más alto puntaje durante sus estudios. Además -- y se trataba de tiempos revueltos-- había sido delegado ante el Centro de Estudiantes de Medicina.

Por entonces, la psiquiatría era --parafraseando a Borges-- un jardín de senderos que se bifurcaban. Mariátegui transitaba por uno de ellos, yo daba mis primeros pasos por el otro. Aunque no tuve mayor cercanía con él en esos años, siempre lo tuve como un referente. Cuando volví al Perú después de algún tiempo fuera, recibí una llamada suya. Quería referirme un paciente. Me dijo que, en su opinión --y recuerdo muy bien sus palabras--, se trataba de una persona que se podía beneficiar de un “análisis ortodoxo”. Debo decir que, por un lado, me sorprendió esa apertura pero por otro no me pareció algo inesperado. Renato Alarcón ha subrayado además la capacidad que tenía Javier Mariátegui para establecer vínculos. Era una suerte de pontífice laico --no olvidemos que “pontífice” significa “constructor de puentes”--.

Fue a partir de esa aproximación que comencé a tener un contacto más regular con él. Compartíamos el interés en la psicopatología de los estados limítrofes. Al respecto, recuerdo que comentamos con entusiasmo, un trabajo poco difundido de Carlos Alberto Seguí, “El análisis estructural de la psicosis paranoide”, inspirado en la lógica clínica de Karl Birnbaum. Creo que este artículo fue un marco muy útil en la tarea de conjugar el rigor y la precisión fenomenológica con las posibilidades interpretativas del psicoanálisis cuando coincidíamos en el tratamiento de algún caso. También me viene a la memoria cómo, a partir de ópticas muy distintas, convergimos durante una Junta Médica en cuestionar una intervención neuroquirúrgica que se pretendía hacer a un paciente, pues considerábamos que tal procedimiento no se ajustaba a la patología subyacente a su adicción.

Su profunda vocación humanista y sentido histórico permearon su obra. Destacan en la edición de los escritos y testimonios de Honorio Delgado en relación con Freud y el psicoanálisis o en *El Mercurio Peruano y la Medicina*. Vocación humanista propia de un hijo de José Carlos Mariátegui y acendrada en el trato con Honorio Delgado, Mariano Ibérico, Hugo Pesce, Adán Felipe Mejía “El Corregidor”, Juan Francisco Valega, Antonio Melis, Juan Mejía Baca, Gustavo Gutiérrez y un largo etcétera, que se expresó en tantas de las páginas que escribió y dio a sus acertadas opiniones hondura singular.

Hace algunos años, con ocasión del centenario del nacimiento del Amauta, Javier me ofreció las páginas del *Anuario Mariáteguiano* para que escribiera sobre la relación de José Carlos Mariátegui con el psicoanálisis. Dado que tenía algunos apuntes y varias notas sueltas sobre la *Nadja* de André Breton, le pregunté si podía

escribir acerca del vínculo de su padre con el surrealismo. Ocurre que yo había desarrollado un particular interés -casi una pasión- por la heroína de André Breton que me había llevado a seguir sus pasos por París y a deambular por la Rue Lafayette, la Plaza del Panteón, el Hotel de los Grandes Hombres, la Torre de San Jacques, etc., y a admirar la intuición poética del texto que José Carlos Mariátegui había escrito sobre la novela y el personaje de Breton:

“La obra de un poeta romántico hubiera necesitado absolutamente la muerte de esta mujer o su entrada en un convento; a la obra de un poeta suprarrealista conviene otra evasión, otro desvanecimiento. Nadja es internada en un manicomio.

La Psiquiatría la acechaba como una presa tierna, etérea, predilecta: la loca de ojos bellos y sonrisa leve, sin la cual serían tan miserables los manicomios y faltaría el misterioso y poético estimulante a la imaginación de los psiquiatras”.

Muchas veces he pensado que si Javier Mariátegui decidió ser psiquiatra antes de entrar a la Facultad de Medicina, el espíritu que consagra este texto debe haber influido en su vocación y modulado su manera generosa y empática de acercarse a nuestro oficio.

DR. ALFONSO MENDOZA FERNÁNDEZ

Supe de Javier Mariátegui a mi llegada al Hospital Víctor Larco Herrera, como estudiante de medicina. En mis ensueños juveniles, lo sentí comparable con las mejores Clínicas de Viena bajo la dirección de Hermilio Valdizán y Honorio Delgado, con maestros como Mariátegui en el legendario Pabellón 20. Lo conocí personalmente varios años después cuando ya era él un psiquiatra consagrado, y yo un recién egresado de la Residencia del Hospital Hermilio Valdizán. Sospecho que el haber sido discípulo de Humberto Rotondo, quien impulsó mi vocación psiquiátrica y compartió con él su aproximación a lo psicosocial, generó una suerte de afinidades electivas de las que también nos habla don Javier en uno de sus escritos.

Recuerdo también que, en alguna ocasión, trabajando en la Clínica San Martín, se mencionó a raíz de un caso la palabra “hetaira”, lo que dio lugar a una sabrosa conversación que me permitió conocer mejor el significado de esta palabra, gracias al elegante y depurado léxico del Profesor Mariátegui.

Revisando su obra, encuentro que en Javier Mariátegui bullían intereses diversos. En alguna ocasión escribió

por ejemplo: “He sentido siempre la presencia luminosa e inspiradora del arquetipo paternal”; en otro momento, explica su interés por la patología psiquiátrica, por las profundidades y oscuridades de la enfermedad mental que hacían que los enfermos mentales fueran “los excluidos de los excluidos”. Esa situación de marginalidad social reforzó su interés por la psiquiatría, disciplina que nace en esa especie de magma social de enfermos mentales, delincuentes y prostitutas, a mediados del siglo XIX.

Creo que estos dos puntos son suficientes para señalar como es que se da mi relación con el profesor Javier Mariátegui.

AGRADECIMIENTO A NOMBRE DE LA FAMILIA MG. JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI EZETA

En nombre de la memoria de mi madre y a título familiar, quiero agradecer a la Academia Nacional de Medicina y a su presidente, el Dr. Melitón Arce, por organizar este homenaje al Dr. Javier Mariátegui; particularmente, quiero agradecer al Dr. Renato Alarcón por su dedicada labor que ha hecho que este evento académico no solo se circunscribiera a aspectos intelectuales sino también vivenciales y biográficos.

Cuando una persona con una producción intelectual tan amplia y sorprendente como la de mi padre, deja su envoltura corpórea, se empiezan a generar innumerables posibilidades inspiradoras.

En su caso, esas posibilidades están marcadas no solo por sus escritos sino por su forma de vivir, que, en síntesis, reflejan lo que definimos como una unidad de pensamiento.

Javier Mariátegui tuvo varias áreas de interés y de acción intelectual: la investigación científica en el campo de la psiquiatría; la generación de un proyecto nacional de salud mental que se hizo realidad con la fundación del Instituto Nacional de Salud Mental Honorio Delgado-Hideyo Noguchi; el estudio de la realidad psiquiátrica en América Latina; la organización de la historia de la psiquiatría en el Perú, y, en las últimas dos décadas, el escribir sistemáticamente sobre su padre, mi abuelo José Carlos Mariátegui.

En nuestro país, escaso muchas veces de historia y memoria, Javier Mariátegui logró enriquecer el estudio de la psiquiatría peruana y hacer su historia visible en el contexto de América Latina. Pero este proyecto no fue